

1 UNA INTRODUCCIÓN RÁPIDA Y SUCIA AL ACCELERACIONISMO

El que quiera aclarar sus ideas sobre el aceleracionismo, mejor que lo haga pronto. Así es la situación, por su propia naturaleza. Décadas atrás, cuando empezó a ser consciente de sí mismo, el aceleracionismo era un nudo de tendencias demasiado veloces como para seguirles la pista. Y desde entonces no ha hecho sino coger velocidad.

El aceleracionismo es lo suficientemente viejo como para que podamos distinguir olas en su historia, lo que equivale a decir que ha llegado a nosotros de manera recurrente, insistente; y a cada ocasión, el desafío es más acuciante. No en vano, una de sus predicciones es que serás demasiado lento para asimilarlo de manera coherente. Si te tomas la pregunta a la ligera (porque tienes prisa), entonces pierdes, dolorosamente. Es difícil. (Para nuestros propósitos, «tú» representas «las opiniones de la humanidad»).

La presión del tiempo es difícil de comprender. Habitualmente, y si bien la oportunidad para deliberar no es un hecho garantizado (con abrumadora probabilidad), se la suele concebir como una constante histórica, no como una variable. Si alguna vez hubo tiempo para pensar, nos decimos a nosotros mismos, todavía lo hay, y siempre lo habrá. Pero la posibilidad específica de que la asignación de tiempo a la toma de decisiones esté pasando por una compresión sistémica sigue sin ser tenida en cuenta, incluso entre aquellos que prestan una atención particular y explícita a la velocidad del cambio.

En términos filosóficos, el problema profundo de la aceleración es *trascendental*. Describe un horizonte absoluto que, además, está acercándose. Pensar lleva tiempo, y el aceleracionismo sugiere que el tiempo para pensar en esto detenidamente está acabándose, si es que no se acabó ya. Seremos incapaces de lidiar con los dilemas contemporáneos de manera realista hasta que no reconozcamos que la oportunidad para hacerlo está colapsando, y a toda velocidad.

Hace falta que se instale la sospecha de que si el debate público sobre la aceleración está por comenzar, lo hará justo a tiempo para llegar tarde. En el núcleo de la profunda crisis institucional que vuelve «candente» a este tema hay una implosión de la capacidad de toma de decisiones a nivel social. Hacer algo al respecto, a estas alturas, llevaría demasiado tiempo. Los acontecimientos, entonces, simplemente *suceden*. Parecen cada vez más fuera de control, incluso a niveles traumáticos. Y como el fenómeno básico parece ser que fallan los frenos, el aceleracionismo comparece una vez más.

El aceleracionismo vincula la implosión del espacio de decisiones con la explosión del mundo: es decir, con la modernidad. Es importante, por tanto, tener en cuenta que la oposición conceptual entre implosión y explosión no impide el acoplamiento real (mecánico) de estas. Las armas termonucleares son el ejemplo más claro. Una bomba de hidrógeno emplea una bomba atómica a modo de disparador. Una reacción de fisión aporta la chispa inicial para una reacción de fusión. La masa fusionante es comprimida hasta la ignición por medio de un proceso explosivo. (La modernidad es una explosión).

Estamos hablando de cibernetica, entonces, que nos alcanza también en olas: se amplifica hasta convertirse en un aullido y después se disipa en la cháchara inane de moda, hasta que sentimos el golpe de la siguiente explosión.

Para el aceleracionismo la lección clave es esta: los circuitos de retroalimentación negativa (como el regulador de una máquina de vapor, o un termostato) mantienen los sistemas siempre en los mismos lugares, o estados. Su producto, en los términos de los filósofos cibernéticos franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari, es la *territorialización*. La retroalimentación negativa estabiliza los procesos mediante el ajuste de la deriva, inhibiendo de esta manera la superación de un umbral determinado. La dinámica es puesta al servicio de la fijeza: una estabilidad de grado superior. Todos los modelos de equilibrio en los sistemas y procesos complejos siguen la misma pauta. Para describir la tendencia contraria, caracterizada por la itinerancia autorreforzada, el despegue o el desenfreno, Deleuze y Guattari acuñaron un término poco elegante pero influyente: *desterritorialización*. Y la desterritorialización es la única cosa de la que ha hablado el aceleracionismo.

En términos sociohistóricos, la línea de desterritorialización se corresponde con el *capitalismo no compensado*. El esquema básico (y, hasta cierto grado altamente consecuente, *instalado de hecho*) es un circuito de retroalimentación positiva; en su interior, la comercialización y la industrialización se estimulan mutuamente: un proceso desenfrenado del que la modernidad extrae su gradiente. Karl Marx y Friedrich Nietzsche están entre quienes lograron comprender aspectos importantes de esta tendencia. A medida que el circuito se cierra o intensifica exhibe una autonomía aún mayor, o automatización: se vuelve marcadamente *autoproductivo* (y eso es lo que significa «retroalimentación positiva»). Dado que no apela a nada más allá, el nihilismo le es inherente. No tiene significado alguno, excepto la autoamplificación. Crece para crecer. La humanidad es su huésped provisional, no su amo, y no tiene otro propósito que sí mismo.

«Acelerar el proceso», recomendaban Deleuze y Guattari en *El Anti Edipo*, citando a Nietzsche para reanimar a Marx. Y si bien faltaban cuatro décadas para que el «aceleracionismo» fuera bautizado (a modo de crítica) por Benjamin Noys, ya estaba ahí hacia tiempo, completo. Vale la pena citar entero el pasaje relevante (como se hará, repetidamente, en cualquier argumentación aceleracionista):

¿Retirarse del mercado mundial como aconseja Samir Amin a los países del tercer mundo, en una curiosa renovación de la «solución económica» fascista? ¿O bien ir en sentido contrario? Es decir, ir aún más lejos en el movimiento del mercado, de la descodificación y de la desterritorialización. Pues tal vez los flujos no están aún bastante desterritorializados, bastante descodificados, desde el punto de vista de una teoría y una práctica de los flujos de alto nivel esquizofrénico. No retirarse del proceso, sino ir más lejos, «acelerar el proceso», como decía Nietzsche: en verdad, en esta materia todavía no hemos visto nada.¹

Analizar el capitalismo (o el nihilismo) no tiene otro objeto que hacer más capitalismo (o nihilismo). No se critica el *proceso*. El proceso es la crítica, y se alimenta a sí mismo en tanto no deja de escalar. La única manera de avanzar es atravesar, y esto equivale a adentrarse aún más.

Marx tiene su propio «fragmento aceleracionista», que anticipa notablemente el pasaje de *El Anti Edipo*. En «Discurso sobre el libre intercambio», de 1847, dice:

Pero en general, en nuestros días, el sistema protector es conservador, mientras que el sistema del Libre intercambio es destructor. Disuelve las antiguas nacionalidades y lleva

1. Deleuze y Guattari: 1985, p. 247.